

**Sr. Marcio Veloz Maggiolo**  
**Premio Nacional de Literatura 1996**

**Palabras de Agradecimiento**

Deseo manifestar a los rectores de las universidades nominadas para hacerlo, a los delegados de la Fundación Corripio Inc., encabezados por don José Corripio, Manuel Rueda y sus colaboradores, a la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, mi agradecimiento por haberme escogido unánimemente como Premio Nacional de Literatura del año 1996. Es una actitud generosa que me emociona y me hace pensar en continuar mi labor como respuesta a ese espaldarazo que obliga, porque exige.

Deseo expresar aquí, ante tantos amigos y seguidores de mi obra literaria, que este Premio me llena de satisfacción porque salen triunfantes, realmente, esos personajes oscuros de mi narrativa que nunca pensaron ser galardonados por interpósita persona, y que en este momento aletean alrededor de vosotros, porque han tomado vida para, invisiblemente, sentarse en las butacas de este formidable teatro o acomodarse entre el sueño mismo de los presentes.

Sé perfectamente que ellos, los vividores de la imaginación se sienten mejor que nunca. Uno de mis deseos al recrearlos fue sacarlos del anonimato. Los personajes que viven en el recuerdo y que no tienen futuro más que en el recuerdo mismo, cuando pasan a las páginas de un libro alcanzan a ser figuras de la historia.

Tal me parece que acontece con Popó (Napoleón Lacourtire), mi amigo abusador que despachaba piedras y pleiteaba a favor de nuestro barrio con su mano dentro de la camisa, como si fuese un verdadero Bonaparte de las guerras sudorosas y maledicentes de nuestros callejones. Cuando un día me encontré en la calle Abréu casi esquina Barahona con Popó y le mostré mi novela Materia Prima, leyó con dificultad esas líneas en las que lo describo y me preguntó:

-¿Pero mi pai, y ese soy yo?

- ¿Te reconoces o no? Piénsalo bien, porque si no te reconoces serás otro, y ya no tendrás historia, le dije predominantemente.

Entonces, como quien pensara negándose como personaje, perdería definitivamente su única manera de vivir para siempre, me dijo:

-Claro, ese soy yo. Me recuerdo de todas esas vainas.

Se lanzó un trago de berrón con azúcar, y un buen día murió de una cirrosis ya preconcebida, a la que se refería cada vez que esa bebida ingrata y de últimos días, le encendía el cerebro achicharrado. Desgraciadamente nadie pudo nunca atrapar los personajes y escenas de su permanente delirium tremens.

Con esto quiero decir que en las líneas de cualquier literatura se salvan rostros, ademanes, acciones y formas de vida de muchas gentes a las que creímos que jamás volveríamos a ver. Algunos de mis personajes se han identificado y me lo han dejado saber; muchos se consideran vejados, y tengo que explicarles que sólo una parte de ellos es la que he usado para construir un doble completamente verosímil. Y es que en esa salvación del recuerdo, no entra toda la vida del modelo, sino esa parte que el escritor reclama para a su vez transformarla y con ello borrar para siempre al personaje de carne y hueso, tan vulgar, creando el de sueños y mentiras sobre una zapata que una vez dejó la realidad.

Querido amigo Vicente, queridos amigos de infancia, los que salís entre mis prosas para burlaros de mi mentirosa cadena de quehaceres; ¿es que acaso no estáis ya en la historia?, ¿es que acaso no soís ya pedazos de lo que aconteció en una literatura que es también historia y vida cotidiana? ¿Quién carajo se habría de acordar de vosotros para dejaros definitivamente vivos en las páginas de una novela, o de un cuento? Nadie. Sabed que soís no los hijos de la imaginación, sino los nietos de las experiencias de mucha gente. Sabed que os cargo sobre mis hombros, y que este premio justifica el que haya abusado un poco de vuestras biografías; pero es que si no lo hubiese hecho así, ¿dónde estarían vuestras memorias, cuando como sabéis, la memoria se muere sin papel. Entonces a vosotros va esta dedicatoria. Ahí, sentados en medio de la noche, sin que nadie os vea, yo puedo percibir vuestro respiro: el del

borracho de cuyo nombre hube de olvidarme hasta que lo reclamé como personaje; el de la patiera florida que recitaba los versos de Mambrú por encima de la empalizada en donde mis infancias oteaban un horizonte de boleros y rimas de Bécquer. Mambrú fue la primera epopeya de mi infancia, porque había muerto con pájaros sobre la caja de pino en no sé qué campo ballestado de una Edad Media floreciente ahora en voces de meretrices. Vosotros, personajes y evocaciones, como decía el poeta, estábais destinados a morir conmigo; pero un día vino la vocación y os transformó en materia prima, y desde entonces creo salvarnos del olvido total; porque nunca fuisteis héroes de la historia patria, ni peleásteis en la segunda guerra mundial, no os ungió la mano papal, ni encanecisteis aguardando la llegada de Ulises. Nadie, por tanto, os habría hecho caso. Soy un poco vuestro creador, y a vosotros otorgo cierta pequeña eternidad en letras de imprenta. Por eso alguna vez comparé vuestras hazañas barriales con las gestas cesáreas, y como Aquiles Nazoa consideré que en cualquier solar de vecino podría desarrollarse, total y definitiva, cualquier guerra mundial. Espero que sigáis viviendo a ritmo de lectores, y que cuando todos seamos analfabetos, como debe preverse, vuestras imágenes estén en las cintas magnetofónicas y en el cinema milenario, sabiéndose siempre que habéis salido de la prosa y no de una fotografía con sesgos de muerte.

Por el momento os dejo porque me gustaría ahora referirme a un poeta de carne y hueso con el que llevé una amistad larga y productiva. Ese poeta, si viviera en carne viva, estaría sin dudas recibiendo este premio. Desde un más allá en donde Walt Whitman preside las sesiones del ego, reventando en metáforas y viajes cargados de vientos alisios y aguanieves que se mecen en metáforas, Freddy Gatón Arce me sigue. Querido Freddy, tus amigos de tantos sueños te recordamos. Tus últimos años de poeta, hasta la muerte, fueron los mejores años productivos de un poeta en casi todo el orbe. Año tras año un libro; libro tras libro, años. A ti, que eras de carne y nervio, de poesía y aliento, de afecto y nimiedades, de Huracán y Lucero, como a mis personajes te dedico este premio. No lo niego, aún, a las seis de la mañana de cada día espero esa llamada despertadora que me levantaba casi periódicamente diciéndome:

-¡Oye!, ¿viste los periódicos de hoy?, cada día la gente escribe peor, pero todavía hay tiempo de salvar la patria.

Freddy, con doña Luz, Ivelisse, Julio, Norma, hoy podemos recordar juntos; los unos desde aquí; tú y los otros desde allá. Porque el compadrazgo, esotérico y espiritual, cruza los estadios de lo puramente material y se proyecta en un mundo en el que los afectos no mueren jamás.